

La apertura de una nueva dimensión histórica en un mundo post-Covid

Por *Abraham* MOCTEZUMA FRANCO*

El riesgo político en un mundo global pandémico

HAN PASADO DOS AÑOS desde el inicio de la pandemia. En múltiples sentidos, el retrato de ese momento muestra el rostro de nuestra actualidad: la repentina aparición de una enfermedad pandémica cimbró las estructuras del poder político y económico mundial, trastocó las diversas ramas de la industria y de los servicios, cerró puertos y aeropuertos, distorsionó las actividades de los bancos comerciales, postergó indefinidamente clases, eventos sociales, ceremonias religiosas, espectáculos masivos y canceló todo tipo de espacios urbanos tumultuosos. En otras palabras: un virus desconocido desafió al poder financiero y a la dictadura de los mercados; en definitiva, impuso su dominio al replantear la vida cotidiana a escala global.

Obstinada, invisible y en su propia plenitud, la pandemia afanasmó las ciudades del mundo: las vació de bullicio y de personas y las llenó de angustias, de temores, de incertidumbre y de desesperanza. Ésta es la mayor crisis sanitaria que la humanidad ha enfrentado, entre sus características básicas presenta una dolorosa aportación: no tiene punto de comparación en la historia. Irrumpió en un planeta excesivamente poblado, interconectado y con una dimensión ambiental muy afectada. Su masiva y acelerada expansión no tiene parangón. Esta nueva enfermedad mostró el brote de lo inesperado, introdujo un elemento radicalmente inédito y, hasta ahora, nos tiene con un final abierto. Sin lugar a duda, el tren de la historia tiene sus compartimentos especiales.

Por otra parte, los confinamientos nacionales que acompañaron a esta emergencia mundial no sólo fueron estrategias de prevención sanitaria, también resultaron ser eficaces dispositivos políticos de

* Profesor investigador del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México; e-mail: <amf6808@gmail.com>.

Figura 1



Fuente: “Avance en tiempo real del coronavirus”, *El Universal* (México), 11-II-2020, en DE: <<https://www.eluniversal.com.mx/mundo/coronavirus-mapa-muestra-el-avance-del-covid-19>>.

control. Sería muy ingenuo pensar que las políticas restrictivas de aislamiento social están exentas de ofrecer el pretexto idóneo para introducir mecanismos de vigilancia afinados y mejorados en cada país o sociedad.

En la situación actual asistimos a un insólito acontecimiento rodeado de una variedad de especulaciones, versiones contradictorias y una fábrica de *fake news* —fenómeno calificado por la Organización Mundial de la Salud (OMS) como *infodemia*;¹ no obstante, a pesar de la vorágine de distorsiones y manipulaciones, ahora el ciudadano promedio tiene la impresión correcta de que nadie, en su sano juicio, puede cuestionar la realidad de la pandemia. A su vez, esa sensación se diluye en la aceptación pública —y casi devocional— de no cuestionar las respuestas de los gobiernos a la enfermedad pandémica.

Lo que suele escapar a nuestro sentido común es que los tiempos de crisis ofrecen márgenes muy amplios a toda clase de proyectos y experimentos políticos y sociales. En este sentido, el confinamiento se convirtió en un gigantesco laboratorio experimental. Por un lado, reveló sistemas de salud pública colapsados, incompetentes y

¹ La *infodemia* hace referencia a la vertiginosa multiplicación de noticias falsas con una capacidad de transmisión y contagio semejante al de una epidemia.

arruinados gracias al extendido teatro de operaciones del comercio, las privatizaciones y el capital internacional; por el otro, abrió una vasta posibilidad de moldear al virus en función de los intereses particulares de grupos y partidos políticos gobernantes.

La reciente publicación de un artículo del pensador surcoreano Byung-Chul Han anunció la aparición en primer plano de los regímenes autoritarios asiáticos. Su resurgimiento mundial se debió al conjunto de características que los convirtieron en modelos de respuesta exitosa ante la contingencia: orden, disciplina, acato, vigilancia, miedo, sumisión y demás presiones autoritarias cotidianas de sus sociedades. Ante la tormenta que amenazó a la humanidad, Byung-Chul Han previno sobre la peligrosa posibilidad de que ese esquema se extienda al resto de los regímenes políticos del planeta.

Lo preocupante, en caso de ocurrir lo anterior, es que los principios que hicieron posible la emergencia del mundo moderno como la “libertad”, la “igualdad”, la “fraternidad”, la “solidaridad” y la “democracia”, podrían transformarse en emblemas anticuados y en proceso de obsolescencia. De ser así, estaríamos ante una extraña y posmoderna mutación de los valores emblemáticos de la modernidad occidental. Es de preocupar que estemos en los inicios de un fenómeno en declive; esto es, que asistamos a la tendencial desaparición de un mundo que sería recordado como una de tantas reliquias de tiempos pasados.

La nueva enfermedad respiratoria se transformó en un asunto mortalmente serio. El miedo a la muerte se hizo presente en nuestras vidas. No obstante, hay que destacar que ese miedo se vuelve más poderoso en sociedades que rechazan la ineludible realidad de su existencia. El pánico al virus, en el fondo, no fue más que la proyección de una gigantesca sombra: el miedo a morir. Ese miedo a la peste, representativo de la Edad Media, resucitó en el mundo posmoderno. Es el retorno de lo mismo bajo un nuevo formato. Por tanto, esta pandemia global no sólo es una cuestión de salud pública, también tiene que ver con el miedo y su manejo, es decir, con el deber de sentirlo.

Hay que aclarar que cuando hablamos de esta clase de miedo no nos referimos al personal, experimentado y compartido con el resto de los animales, tampoco a ese miedo instintivo que alerta a protegernos de peligros físicos reales sino al que es inducido,

acrecentado y manipulado para dominar a los demás. Nos referimos a la utilización política del miedo colectivo, al “deber patriótico” de sentirlo, a su uso deliberado para someter a las personas y apremiarlas a aceptar condiciones impuestas.

Es cierto que la confusión alrededor de un nuevo y desconocido patógeno esparció el pánico como un incendio forestal. Pero también lo es que, en un mundo dominado por nuestra dependencia a las pantallas, las personas tenemos miedo no sólo por la natural tendencia a experimentarlo sino porque se nos dice que debemos tenerlo; nuestra capacidad de sentirlo se alimenta de las coartadas del consumo y de los medios digitales y del alcance de éstos para movilizar las emociones de los espectadores.

En la “era del virus” —así bautizada por la escritora india Arundhati Roy— la retórica oficial y de uso común para los gobiernos, los medios de comunicación y las agrupaciones partidistas, fue la de “la guerra”. En esa narrativa la vida es considerada una cuestión capital de suprema importancia, su elevación a valor absoluto justifica la imposición de cualquier lógica intervencionista y disciplinaria de Estado en nombre de la salud.²

La institucionalización del miedo en el capitalismo occidental es una realidad y adquiere una importancia de primer orden. El reajuste puede venir bajo la forma de una combinación de rentabilidad, cálculo económico y vigilancia digital. El cambio tecnológico —o solucionismo tecnológico—³ ganaría terreno ante una nueva sociedad de identidad incierta, desarraigada y con el extravío de sus puntos de referencia fundamentales. Esta mutación de los valores en Occidente, de hecho, ya cuenta como condición de posibilidad

² En un interesante análisis sobre los efectos devastadores de la pandemia y la respuesta de los gobiernos, Arundhati Roy señala: “¿Quién no recuerda los videos de ‘pacientes que botaban’ —enfermos, aún en sus batas de hospital, con las nalgas al descubierto, subrepticamente botados en las esquinas de las calles? Demasiadas veces les cerraron las puertas de los hospitales a los menos afortunados ciudadanos de Estados Unidos. Sin importar qué tan enfermos estaban o cuánto habían sufrido.//Al menos no importaba hasta ahora —porque hoy, en la era del virus, la enfermedad de una persona pobre puede afectar la salud de una sociedad próspera”, “La pandemia es un portal”, *La Jornada* (México), 13-IV-2020, Tania Molina Ramírez, trad., en DE: <<https://www.jornada.com.mx/ultimas/mundo/2020/04/13/la-pandemia-es-un-portal-9285.html>>.

³ Sobre las posibilidades, implicaciones y consecuencias de este “solucionismo tecnológico”, véase Evgeny Morozov, *La locura del solucionismo tecnológico*, Nancy Viviana Piñero, trad., Madrid, Katz/Capital intelectual, 2014.

la existencia de sociedades desgastadas y frágiles por su respuesta a la pandemia.

Si observamos con atención, la respuesta al virus bajo un discurso de “guerra” y “combate” posee la fantasía de controlar y acabar con algo que no se puede evitar ni eliminar, en todo caso, se puede gestionar. Tal subestimación aloja en sí misma una potencial y deliberada voluntad de manipular. No debemos perder de vista que el autoritarismo es un sistema que se fundamenta en la cultura del miedo. A niveles distintos, en todo el mundo se nos suministra una dosis diaria de noticias para mantener estable la preocupación. En términos globales, el clima social se endureció por el temor individual, el miedo colectivo y la ansiedad inducida por el pánico al virus.

El patógeno que aún nos acecha liberó ambiciones autoritarias en sociedades democráticas: maniobras desastrosas de desatención, estados de excepción y suspensión de garantías; éstas se cuentan entre las acciones que algunos gobiernos llevaron a cabo para impulsar “otras” agendas políticas. Líderes autoritarios de gobiernos de derecha como Donald Trump de Estados Unidos, el primer ministro Boris Johnson de Inglaterra, Viktor Orbán de Hungría y Jair Bolsonaro de Brasil, adoptaron un conjunto de fórmulas que sólo serían pensables en regímenes autoritarios.

En la reorganización del mundo pospandemia corremos el riesgo de que el autoritarismo de Oriente termine infiltrándose en Occidente. En efecto, ese mismo autoritarismo que creíamos superado de pronto reapareció: lo reconfirmaron Johnson, Trump, Orbán y Bolsonaro; mandatarios que siguieron el mismo patrón de indiferencia frente al deterioro de los sistemas sanitarios de sus naciones, sobre todo con respecto a la profundización de la pobreza, del desempleo, del hambre, la falta de oportunidades y un conjunto de iniquidades sociales.

En un escenario global acelerado, estos ejemplos respondieron a una funesta estrategia basada en generar desconcierto, consecuencia del *modus operandi* consustancial a los gobiernos autoritarios. Hablamos de la preparación de un escenario de caos para infundir sensaciones de pánico, restringir márgenes de acción e incrementar la magnitud de la crisis; elementos idóneos para un desenlace exitoso: el de una intervención estatal contundente. El

Figura 2



En julio de 2020 se reportó que “este hospital, establecido dentro de un centro deportivo [en Brasil], es una de las instalaciones sanitarias improvisadas que se crearon por la crisis [...] a pesar del aumento en el número de casos, *no se ha decretado una cuarentena nacional*”.

Fuente: “Coronavirus en Brasil: las imágenes de los estragos que deja el coronavirus en el gigante sudamericano”, BBC News, 17-VII-20. Las cursivas son mías.

objetivo apunta, además, al adiestramiento de las personas para que puedan reverenciar al poder y pedir, aceptar o desear, su aplicación drástica y sin concesiones. Con tal propósito, en las respectivas administraciones de esos dirigentes se radicalizó el símbolo más acabado del injusto sistema del libre mercado.

Es de todos conocido el encadenamiento de declaraciones y decisiones erróneas por parte de dichos gobiernos. Sin embargo, no deja de ser perturbadora la respuesta local y nacional que un presidente como Bolsonaro ofreció a los pueblos indígenas al margen de toda forma de coordinación internacional:

Los brasileños vieron con asombro el video publicado por la Corte Suprema Federal [*sic*] (STF) de una reunión del presidente Bolsonaro con sus ministros

en Brasilia, donde el ex ministro de Educación, Abrahan Weintraub, dijo que odia a los pueblos indígenas, y el ministro de Medio Ambiente, Ricardo Sales, habló sobre aprovechar la situación de pandemia de coronavirus para aprobar reformas de desregulación y simplificación para cambiar las reglas ambientales a favor de los más poderosos y los agronegocios.⁴

Para este “ministro de Dios” (como el propio Bolsonaro suele definirse) la expresión última de su ministerio implica alcanzar “la utopía de un mundo sin basura”. Es sobrecogedor acercarse a una plataforma racista y excluyente como ésa y, a su vez, observar la lógica perversa del sistema capitalista neoliberal: generar más crisis sobre la crisis para que los daños se intensifiquen allende cualquier noción de humanidad. El potencial autoritario de tal clase de modelos —forjados por la barbarie y la inmoralidad— constituye, a todas luces, un acto atentatorio en contra de las libertades históricas de la humanidad y los derechos políticos, democráticos y humanos de las sociedades en general.

A las tiranías del siglo xx —nazismo y socialismo— debemos sumar, y no dejar de recordar, el sueño dorado de los paladines de la globalización totalitaria neoliberal, del pensamiento único y del final de la historia: “la utopía de un mundo sin basura”. Semejante proyecto de autoritarismo de Estado hoy se expande por Estados Unidos, Brasil, India, Hungría y no le faltan seguidores en Europa, Asia y América Latina. Por todo ello, es importante mirar más allá de la pandemia, entender la seriedad del momento transicional que vivimos e insistir en que otra política de la vida es posible. Y, sobre todo, apostar a que esa forma de hacer política no aleje a las personas, antes bien implica invertir nuestros esfuerzos para que dichas personas se acerquen a la política.

El escenario del mundo pospandémico aún es incierto. Algunos intelectuales elaboraron juicios apresurados que dividieron las opiniones en dos bandos: los partidarios de la idea de que estamos ante el final de un gran ciclo histórico, una especie de “fin de época”; y los que postularon que después de la pandemia el mundo sería más o menos el mismo, con la profundización del capitalismo y

⁴ Rosa Gauditano, “Los indígenas de Brasil piden ayuda para combatir la Covid-19”, *Catalunya Plural* (Barcelona), 3-vi-2020, en DE: <<https://catalunyaplural.cat/es/los-indigenas-de-brasil-piden-ayuda-para-combatir-la-covid-19/>>.

con su ingreso a una fase más violenta, renovada y pujante. Dicho de otra manera: empoderamiento ciudadano o Estado totalitario.⁵

Es evidente que las contradicciones sociales colisionaron con la fuerza de la naturaleza. Por ahora la situación es tan incierta que ni el más riguroso de los cálculos podría anticipar con certeza lo que viene, o en todo caso, presagiar con exactitud cuál de las dos visiones anteriores dominará nuestro futuro más próximo. Más aún, podemos pensar en una tercera vía: las múltiples e imprevisibles combinaciones que puedan surgir de esos dos modelos de sociedad previstos.

No obstante, por la inercia de la civilización industrial capitalista, y por sus innumerables y desafortunadas relaciones con el mundo natural, lo que sí podemos deducir, en lo inmediato, son dos cosas: primero, que mientras persista la voracidad del capital —con la consecuente destrucción medioambiental— la amenaza de nuevas catástrofes ecológicas y pandémicas persistirá; y segundo, que la tentación de optar por modelos digitales de control invasivos —como medida de salvación del capitalismo mundial— será una posibilidad permanente.

*Vejez, salud y educación:
retos y posibilidades en un mundo pospandemia*

COMO humanidad asistimos a un suceso insólito y constante: el descubrimiento del carácter impredecible de la historia. Una vez más constatamos que la historia tiene futuros inesperados. En efecto, el pasado se encuentra colmado de ellos y todos están marcados por la contingencia, lo impredecible, la incertidumbre y el azar. No sabemos con certeza cómo van a leer este momento las futuras generaciones, es muy probable que sea recordado con la imagen de nosotros angustiados y desarmados en el combate global contra la nueva peste mundial.⁶

⁵ Véase Pablo Amadeo, ed., *Sopa de Wuhan: pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*, La Plata, Provincia de Buenos Aires, UNLP/ASPO, 2020, disponible en DE: <https://perio.unlp.edu.ar/catedras/filosofia/wp-content/uploads/sites/129/2020/04/Sopa-de-Wuhan-ASPO_copy.pdf>.

⁶ Soledad Loeza, “El pasado tiene futuros inesperados”, *Nexos* (México), núm. 503, vol. XLI (1° de noviembre de 2019), pp. 47-51.

En una crisis de tales proporciones, la cual deja a su paso una estela de destrucción para miles de personas y un marasmo económico que afecta a millones más, el riesgo de precariedad, exclusión, enfermedad y muerte tiene un efecto igualador: se volvió semejante para todos, aunque el virus no afecte de la misma manera a todos. Este extraño momento tiene las características de cualquier proceso histórico emergente: es enigmático, impredecible y sin precedentes.

Se debe agregar también que el gran evento de nuestros días confirma lo señalado desde un principio: el curso de la historia no es lineal ni predecible. Contrariamente a lo que la ciencia pueda esperar, el comportamiento humano tampoco lo es, menos aún los acontecimientos que se desprenden de sus acciones. En el imparable devenir histórico de la humanidad no existen dos sucesos que se repitan o que sean iguales en sus causas, en su desarrollo o en sus consecuencias. Los escenarios, aunque parecidos, son siempre diferentes, sorprendivos e inesperados.

El género humano atravesó por una experiencia inédita o poco común en su historia. El confinamiento nos puso frente a uno de los mayores enigmas de la vida: la transitoriedad. El encierro nos confrontó con nosotros mismos, con nuestra finitud, con el paso del tiempo y con sus efectos en la vida de los seres humanos. La pandemia nos recordó la certeza de nuestra propia fragilidad, nos colocó frente a la aplastante evidencia de que todos, sin excepción, somos vulnerables.

A pesar de que vivimos en una época donde la juventud es sobrevalorada, la contingencia situó nuestro pensamiento en la ruta reflexiva de los días finales. Un repentino sentido de la percepción generalmente asociado a la vejez o sólo considerado como parte de la última etapa de nuestra vida. En ese sentido, la pandemia anuló las diversas identidades de género (niños, adolescentes, jóvenes, adultos) y borró los estereotipos que rondan y dañan a las personas de la tercera edad.

Tener por delante la amenaza de un desenlace próximo nos igualó, nos volvió afines y cercanos por encima de las distancias generacionales. Fue un recuerdo ontológico de nuestra constitutiva historicidad, de la dimensión de nuestra identidad primaria, histórica, biológica y temporal; un recordatorio de que la muerte empieza justo al nacer. En todo caso, esto es algo que podemos entresacar

como positivo: la posibilidad de concebirnos dentro de un mismo marco de desarrollo social, integral, histórico e incluyente. Lo negativo es que la emergencia instaló en el centro una de las enormes deudas sociales: la falta de atención a nuestros adultos mayores.

Los invisibilizados se hicieron visibles por su condición de alta vulnerabilidad. Paradójicamente, devenir y envejecer no es un tema que demande nuestros esfuerzos analíticos en un mundo marcado por la “diversidad” como norma. De aquí la importancia de repensar el papel de los adultos mayores en términos generales y, en particular, su penosa situación marginal. Por desgracia, nuestro país no es ajeno a esta realidad mundial, esa posición periférica del adulto mayor cobra especial interés dado que es y ha sido un gran déficit histórico en las sociedades de consumo.

Posicionar este tema en la agenda de discusión —aquí como en otros espacios— es un reto que debemos afrontar. Lo es frente al concepto de las culturas milenarias que situaron al adulto mayor como la fuente del saber, de la experiencia y de la sabiduría. Es necesario el rescate de aquella concepción de ancianidad como propia de un ser que ha transitado por todas las edades de la vida; vista así, la longevidad es una dignificante compensación y no un indeseable lastre social. Por tanto, fomentar la cultura de que la vejez es un logro de la persona y una digna medida de valoración social, es uno de los grandes temas que desafían a nuestras sociedades en tiempos de pandemia.

Pensar en las posibilidades de una vida digna ante la calamidad pasa por unificar esfuerzos —y políticas nacionales— en contra de que se deprecie la vida de cualquiera, más aún la de las personas mayores. Pasa también por apropiarnos del efecto igualador que trajo consigo esta nueva enfermedad, es decir, tender puentes solidarios entre las generaciones y motivar cambios necesarios en la conciencia mundial sobre una problemática tan sensible como la señalada. Pero allende la emergencia es importante advertir que la raíz, la dificultad y la consecuencia de esta marginación, residen en un modelo económico incapaz de diseñar programas sociales dirigidos al envejecimiento; asimismo, deficiente al momento de asegurar el acceso universal a servicios de salud competentes. Dicho modelo terminó por hacer de estos rubros áreas rentables de inversión, ganancia y acumulación de capital.

La salud y el bienestar social dejaron de ser una obligación del Estado, esa tarea se le delegó al individuo, en concreto: se transformó en una responsabilidad fundamentalmente individual. En México, ésta fue la gran herencia de principios de siglo: el desmantelamiento de las instituciones públicas sanitarias, el progresivo deterioro de sus instalaciones y la privatización de los servicios de salubridad; en suma, estratificación de la salud y desmembramiento de un sistema de sanidad integral para el conjunto de la sociedad. Una consecuencia evidente de la orquestada operación privatizadora desde que se puso en marcha el modelo neoliberal. En este esquema de “desarrollo” se reconceptualizaron la salud y el bienestar social en correspondencia directa con una lógica de mercado.

Éste es el escenario y el contexto de un país en el cual la condición de senilidad se vuelve más aguda. Cabe destacar que la precariedad de dicho sector se agrava en sociedades subdesarrolladas como la nuestra. Desigualdad, dependencia y vulnerabilidad, son características que atraviesan los estilos de vida de las personas mayores, son particularidades que no se ajustan a un modelo que prioriza la competitividad, la eficiencia y la rentabilidad como la gran fórmula del éxito, y que, además, no ofrece ningún margen para la equidad social.

Por tal conjunto de razones —y a través de un llamado internacional— un grupo de personalidades de los más diversos ámbitos de la política, de la Iglesia y de la ciencia alertó sobre esta deplorable realidad cotidiana, hoy más que nunca recrudescida por una pandemia, y lo hizo en los siguientes términos: “El valor de la vida debe seguir siendo el mismo para todos. Cualquiera que deprecie la frágil y débil vida de los adultos mayores prepara el camino para una depreciación de cada vida”; el manifiesto señala también que ante la actual crisis sanitaria “deben invertirse todas las energías necesarias para salvar la mayor cantidad de vidas y proporcionar acceso al tratamiento para todos”.⁷

La iniciativa mundial en defensa de las personas de la tercera edad planteó una exigencia que fundamenta el sentido del documento: llamar a una “revuelta moral”. La demanda más apremiante

⁷ “Coronavirus: personalidades advierten sobre depreciación de la vida de personas mayores”, *DW Made for Minds* (Alemania), 23-v-2020, en DE: <<https://www.dw.com/es/coronavirus-personalidades-advierten-sobre-depreciaci%C3%B3n-de-la-vida-de-personas-mayores/a-53547055>>.

se basa en impedir que se geste un “modelo peligroso” y selectivo que coloque a este sector en un papel secundario, ya que por “su mayor vulnerabilidad, su edad avanzada y cualquier otra enfermedad que puedan tener justifican una forma de selección en favor de los más jóvenes y saludables”.⁸

Para contrarrestar los efectos de esta tendencia, el documento colectivo apela a una “ética democrática y humanitaria” que evite discriminar a las personas por su edad. Establece que garantizar un trato justo y digno a los adultos mayores debe ser uno de los ejes principales de desarrollo en materia de acciones y políticas públicas de atención universal; finalmente, plantea que en el entorno actual de la contingencia sanitaria: “No debemos dejar morir a la generación que luchó contra las dictaduras, intentó reconstruir después de la guerra y construyó Europa”, concluye el comunicado.⁹ De nosotros depende que esta declaración se transforme en el primer paso hacia una decidida campaña en nuestras sociedades; esto es, que sea una tarea motivada por el humanismo y por la cooperación y solidaridad de los pueblos del mundo.

Por otro lado, se debe agregar que esta crisis histórica y mundial de la pandemia también tiene su especificidad en el campo educativo. Mientras los gobiernos quedaron rebasados ante la incontenible diseminación de la plaga (sin tratamiento, ni vacuna, ni medicamento), el nuevo coronavirus generó un serio “conflicto de derechos”: la protección del “derecho a la salud” frente a la protección del “derecho a la educación”.

⁸ *Ibid.*; para ilustrar ese “modelo peligroso” basta con evocar un interesante artículo de Ignacio Ramonet, en el cual presenta una siniestra compilación de declaraciones hechas por las más altas personalidades públicas y gubernamentales de distintos países a favor del sacrificio de los abuelos, en él se puede leer lo siguiente: “Un vicegobernador, en Estados Unidos, declaró: ‘los abuelos deberían sacrificarse y dejarse morir para salvar la economía’. En esta misma vena aniquiladora, el analista neoliberal del canal estadounidense CNBC Rick Santelli reclamó un ‘darwinismo sanitario’ y pidió ‘inocular el virus a toda la población. Eso sólo aceleraría el curso inevitable... pero los mercados se estabilizarían’. En Holanda, donde el primer ministro ultraliberal Mark Rutte apuesta también por la ‘inmunidad de rebaño’, el jefe de epidemiología del Centro Médico de la Universidad de Leiden, Frits Rosendaal, declaró que ‘no se deben admitir en las UCI a personas demasiado viejas o demasiado débiles’. Amenazas dignas de demonios exterminadores de novelas gráficas. Y además absurdas porque, como explica una enfermera: ‘La Covid-19 es mortal. Y puedo decir que no distingue límite de edad. Ni color. Ni talla. Ni origen. Ni clase social. Ni nada. Atacará a cualquiera’”, Ignacio Ramonet, “La pandemia y el sistema-mundo”, *La Jornada* (México), 25-iv-2020, p. 7. Versión completa en DE: <<http://www.jornada.com.mx/ultimas/ante-lo-desconocido-la-pandemia-y-el-sistema-mundo-7878.html>>.

⁹ “Coronavirus: personalidades advierten” [n. 7].

La veloz expansión del virus evolucionó día con día y castigó con severidad al sector educativo, también a las actividades académicas, al desempeño docente y al desarrollo formativo del estudiantado; tan sólo a principios de marzo de 2020, según datos de la Unesco, 290 millones de alumnos en el mundo se quedaron sin clases a causa del Covid-19. A mediados de ese mismo mes, en América Latina y el Caribe, el virus cerró todas las escuelas en apego a lineamientos éticos y sanitarios esenciales. Conforme el problema avanzó las estimaciones dejaron al descubierto una aritmética de la catástrofe: en esta última región, más de 95% de los alumnos oficialmente inscritos quedaron fuera de las aulas.¹⁰

La progresión aritmética de esa catástrofe continúa: de acuerdo con la Unesco, para finales de ese mes de marzo, en el mundo hubo más de 1 500 millones de estudiantes afectados por el nuevo azote, lo que implica 89.4% de la totalidad de estudiantes matriculados y afectados en 184 países que implantaron cierres. El restante 10.6% se refiere a otros países que hicieron cierres temporales y localizados en virtud de la baja incidencia en la letalidad de los contagios, lo cual no los eximió de experimentar interrupciones educativas.¹¹ Así, los cálculos, las hipótesis y aproximaciones de la estadística revelaron un enorme y complejo panorama del problema en la educación.

Los sistemas educativos nacionales se precipitaron a ofrecer un improvisado modelo de enseñanza, raquítico y sin previo diagnóstico. De manera veloz y mal orientada, la propuesta no se correspondió con las necesidades reales de los alumnos para cubrir los contenidos temáticos de los planes y programas de estudio; sin objetivos ni propósitos específicos, parece que la principal preocupación fue mantener ocupados a maestros y estudiantes.

Esta reiterada ineficiencia oficial para encontrar una salida competente a la “continuidad educativa” no dejó de ser señalada entre los distintos actores perjudicados, preocupados y dedicados al análisis del problema.¹² El esquema de educación a distancia

¹⁰ Unesco, “Education from school closure to recovery”, en DE: <<https://en.unesco.org/covid19/educationresponse>>.

¹¹ *Ibid.*

¹² Algunas de estas expresiones han quedado plasmadas a través de revistas de divulgación científica; un ejemplo es el conocido texto de Jesús Rogero-García, “La ficción de educar a distancia”, *RASE-Revista de Sociología de la Educación* (Universitat de València), vol. 13, núm. 2 (abril-junio de 2020), pp. 174-182; para más información consúltese —entre otros— el foro virtual de análisis “La investigación educativa en

ha sido duramente criticado por su premura, su evidente improvisación y su predecible ineficacia. En líneas generales, destaca el enfoque simplista e inmedatista con el que se intentó enfrentar una problemática tan compleja.

Sólo a partir de un divorcio con la realidad se podría afirmar que el sistema educativo logró mantener de forma oportuna su función a distancia. Sostenerlo equivale a ocultar la punta de la hebra de una escalada de obstáculos emanados de errores oficiales. Asimismo, caer en esa ficción sólo conduce a ocultar la realidad con la evidencia apuntando en otra dirección: incompetencia, falta de instrumentos y de procedimientos adecuados. Si no logramos comprender en todas sus aristas la dimensión del problema al que nos enfrentamos, no podremos establecer las condiciones que nos lleven a una continuidad virtual y alternativa. Por tanto, apostar a su análisis es elegir la construcción de posibles mejoras educativas para el futuro.

En esta misma tesitura, y en lo que respecta a la enseñanza digital, debemos señalar que no basta simplemente con subir lecturas, documentos e información a una plataforma (como parte de una educación virtual generalizada y precipitada). Más bien tenemos que orientar nuestras reflexiones en lo que implica el aprendizaje como un proceso; es decir, la enseñanza como un desarrollo con características específicas que cubra condiciones de adaptabilidad de acuerdo con los entornos, las personas y las circunstancias y, a partir de ahí, entonces sí plantearnos qué se puede hacer para gestionar una adecuada digitalización educativa. La crisis sanitaria nos ofreció una excelente oportunidad para empezar a construir una visión distinta, más amplia, social e incluyente, que apunte a la posibilidad de renovar nuestras prácticas educativas. El desafío de la pandemia nos obliga a considerar que el regreso a clases no va a ser igual, así que nuestra capacidad para reinventarnos será puesta a prueba constantemente.

Es importante tener presente que la escuela no es sustituible por un modelo de educación a distancia, no obstante, esto no cancela

tiempos del Covid-19”, en DE: <<https://youtu.be/kmDxp4-Ye-U>>; también Francisco Imbernón, Rodrigo Juan García, Javier Esteban Marrero y Julio Rogero, “Vivencias de un profesorado en confinamiento”, *Observatorio Internacional de la Profesión Docente* (Universidad de Barcelona), 25-v-2020, en DE: <<http://www.ub.edu/obipd/vivencias-de-un-profesorado-en-confinamiento/>>; “Por otra política educativa”, blog de *El Diario de la Educación* (Madrid, Fundación Periodismo Plural), 25-v-2020.

la posibilidad de repensar qué parte o qué aspectos de la educación presencial se pueden llevar al ámbito de una educación *on line* y bajo qué propósitos. Aún no es tiempo de evaluaciones, pero sin duda ésta es la oportunidad para enfrentar otro futuro posible, y de lo que hagamos ahora dependerá nuestro futuro inmediato. Tenemos que considerar el impacto de la crisis para la investigación, la docencia y la política educativa y, simultáneamente, ponderar sus implicaciones y alcances con la finalidad de rediseñar el concepto de *escuela* o *aprendizaje*, pero ya no como mecanismo de control sino como un dispositivo al servicio de la crítica y la generación de proyectos para la innovación educativa.

RESUMEN

Desde una perspectiva histórica, las pandemias presuponen el advenimiento de tiempos de ruptura y emergencia, el inicio de ciclos y etapas diferentes en la vida de las sociedades. En tal sentido, la colosal pandemia de 2020 instauró un parteaguas y con él llegaron vientos políticos y sociales que permitieron a los Estados-nación recobrar su protagonismo. Este artículo busca identificar qué factores pueden incidir en la configuración de un nuevo y posible estatismo en un mundo pospandémico. Asimismo, problematiza los modelos de intervención emergente de algunos gobiernos en Occidente y ofrece un panorama general sobre los desafíos más apremiantes que plantea la insólita normalidad en un mundo post-Covid.

Palabras clave: autoritarismo de Estado, miedo colectivo, crisis sanitaria, sistemas de salud, sistema educativo.

ABSTRACT

From a historical perspective, pandemics announce the advent of rupture and emergency, the beginning of different cycles and stages in societies. In this sense, the massive 2020 pandemic marks a defining moment for political and social changes granting nation-states to regain prominence. This article identifies factors that can influence new possible post-pandemic global statisms. Likewise, this paper reviews emerging intervention models of some Western governments and presents an overview of the pressing challenges posed by the unusual post-Covid normality.

Key words: State authoritarianism, collective fear, health crisis, healthcare systems, education system, alternative education models.